

El valor de ser maestro

I. LOGICA Y AZAR, AZAR Y LOGICA

Pocos maestros (por lo demás nada abundantes) han influido tanto en mis convicciones como Emmanuel Mounier, de ahí que sea traído ahora a colación, en prueba de lealtad a don Sergio Rábade, después de tantos años...

Hará veinticinco años oí por vez primera en la Universidad Complutense el nombre de Mounier al catedrático Muñoz Alonso, tan inteligente como visceralmente franquista, a la sazón agustiniano no tomista pese a su camisa azul y tan atípico que tomaba para ayudantes a «rojos» como mi amigo Gabriel Albiac (autor de un temprano y crítico artículo antipersonalista «Marxismo y personalidad» —errata en lugar de «Marxismo y personalismo»). Vean ustedes pues, cuán complicada historia indígena: Catedrático azul, ayudante rojo, y en medio personalista díscolo renuente a las posibles ofertas del catedrático: Premonitorio.

El caso es que junto a mis compañeros de curso F. Quesada y M. Maцейras (con quien en 1975 escribí una *Introducción al personalismo contemporáneo* en Editorial Gredos) también yo me inicié en el personalismo con la Memoria de Licenciatura «Persona y comunidad en E. Mounier», elegida con el deseo de hallar un autor fácil y rápido, abriéndome en menos de un mes la vía hacia el doctorado.

En ese momento en que yo estaba en Babia ignoraba el paso real de Mounier en aquella España en plena revuelta estudiantil que acabó con mi profesor Aranguren en el exilio, y en la cual cristianos como A.C. Comín contestaban el tardofranquismo desde el personalismo. Lejos, pues, de mí otra preocupación que la académica, mientras los realmente preocupados vivían fascinados por todo lo que tuviera color rojo, qué habrá sido políticamente de ellos...

Tras la obligada estancia en Alemania, y por la magisterial mediación de Marcelino Legido, hoy cura rural en lo más pobre de España, nos pu-

simos en contacto con la emigración y con el movimiento obrero: Había cambiado el panorama, pero Mounier también nos estimulaba: *Si el primer Mounier nos hablaba del hombre interior, el segundo nos instaba a la revolución*. Leímos así a Mounier entre los clásicos del marxismo y del anarquismo (estos dos últimos por mediación de Editorial Zyx) porque él combatía simultáneamente las dos alienaciones, la exterior y la interior, y de esta forma habíamos superado el academicismo, al haberse convertido la vivencia escolar en escuela de vida, al menos al así haberlo deseado.

Mientras tanto los marxistas se burlaban de la revolución interior y ensalzaban a Althusser. Hoy comprendemos por qué nunca pudimos aceptar aquel marxismo.

Eramos personalistas, pero eso ¿con qué se comía, con qué rimaba, con qué movimientos sociales, políticos, con qué teoría? Desde luego con el cristianismo, y también con buena parte del anarquismo. Así es como nos encontramos un día creyéndonos anarco-cristianos e incluso, tal y como lo escribimos para no dejar nada aprovechable fuera, cristiano-marxo-anarquistas, tren demasiado largo y heterogéneo del que se irían desenganchando con el tiempo sucesivos compañeros de viaje, demasiados quizá.

Por entonces publicamos nuestro *Personalismo obrero. Presencia viva de Mounier* (Zyx, 1969), a la vez también primer libro, primer hijo, primer alabonazo público que gozó de excelente acogida hasta el punto de agotarse tres ediciones en poco tiempo. Se trataba de un breviario nervioso, que por otra parte adelantaba ya lo que sería nuestro ulterior itinerario, a saber, un estilo vivo, polémico, incompleto pidiendo rostros. Y aparecía en Editorial Zyx, nacida de HOAC, crisol irreplicable de militantes capaces de darlo todo a cambio de nada desde abajo, sin beneficio, por los otros, cuya desaparición ha supuesto el vaciamiento de la mejor esperanza y el apagamiento de la más pura utopía.

Fue así como uní por mi parte la causa de Mounier con la obrera, por entonces militante y cristiana, si bien en mi pecho la impronta dominante la constituía el anarquismo, de ahí que mi nuevo libro *Mounier y la identidad cristiana* (Ed. Sigüeme Salamanca), publicado en 1978 y hoy saldado por carente de acogida en un mundo calcinado para el ideal, no estuviera aún en clave de dicha identidad. En todo caso creo haber contribuido por aquel entonces, a rescatar el aspecto utópico, fraterno, solidario y de raíz cristiana habido en las mejores corrientes anarquistas, en el anarquismo de los grandes, y no en lo que luego iba a llegar a ser España en forma de «akracia» reblandecida para un lumpen marginal y delincuenciófilo, para mi gran decepción.

Fue así también como, deslumbrado por un populismo más bello que real, llegué a quedarme bastante solo frente a mis compañeros de generación, que ya empezaban a ingresar en partidos y sindicatos en los cuales les he visto ascender, finalmente también gobernar. No quisiera enfatizar la soledad, sobre todo porque surgía del error (en efecto, ni el anarquis-

mo era querido por el pueblo, ni el pueblo poseía la santidad que yo había imaginado), error que a pesar de todo me preservaba manteniéndome fuera de las concesiones y de la inmundicia del poder, que ha llevado finalmente a muchos de mis compañeros de generación a desdeñarse totalmente de su primer pulso rebelde, e incluso a perseguir ominosamente a los que todavía lo alentaban.

Y en medio de todo esto Mounier seguía conmigo, pues ciertamente mis publicaciones libertarias tenían impulso personalista. Algún tiempo después, por circunstancias vitales, cada cosa acabó ocupando su lugar, sin mezclas, sin mixtificaciones, dando —al anarquismo y al personalismo— a cada cual lo suyo. Esto ocurría en ese interregno en que Franco vivía y moría a la vez, tiempo largo al que se llamó «transición», quizá por la esperanza que se depositaba en el cambio hacia modelos muy diferentes.

En el cristianismo, de forma muy intensa y desgarrada, descubrí —al menos eso con cierto rigor intelectual— que no se podían poner al mismo nivel ni amalgamar lo libertario y lo cristiano, pues mediaban cuestiones teológicas serias: lo divino, lo humano, las nociones de culpa, de pecado, de perdón, de gracia, categorías todas que especificaban uno y otro proyecto. No se trataba de abandonar todo el anarquismo, sino de reinterpretarlo en su totalidad. Fue ese el sentido de mi obra *Contra Prometeo. Una contraposición entre ética autocéntrica y ética de la gratuidad* (Ediciones Encuentro, Madrid, 1980), obra que más bien podría haberse titulado «Contra mí mismo», y de la que aún no he salido airoso.

Pues bien, hete aquí que Mounier no desaparecía tampoco ahora: *Este tercer Mounier nos descubría su intensa radiación cristiana*, nos hacía comprender la raíz cristiana del compromiso personalista y comunitario. Aquel hombre fue lo que fue porque había sido cristiano. Su vida, su entrega enamorada a Dios en el siempre prójimo, su pasión por la verdad, su solicitud con los hermanos increyentes, su respeto radical por los niveles personales de la vida, su sentido del dolor solidario, su militancia combativa contra el mal y contra lo feo, todo eso nos resultaba absolutamente querible y asumible, y todo eso nos descubría la raíz cristiana tan inequívoca como admirablemente vivida. En ello al menos Alfonso Comín (que hasta entonces había subrayado el dinamismo marxistizante de Mounier) y yo mismo (con el perfil anarquizante) estábamos totalmente de acuerdo, a pesar de eventuales discrepancias que un tanto dramática y excesivamente habíamos manifestado en pública polémica, de lo que me hago eco en el libro *Corriente arriba. Manifiesto personalista y comunitario* (Ediciones Encuentro, Madrid, 1985).

Y es así como a cada una de nuestras etapas vitales le acompañó (¿o precedió?) el descubrimiento de un Mounier distinto; al menos para mí resulta evidente con este ejemplo habido en propia carne que sólo se «conoce» lo que «interesa», que aunque te pases la vida escribiendo cosas bonitas no las descubres en su real profundidad hasta que te vienen a vi-

sitar en el hondón de tu alma. *Tres Mounier había habido antes de que yo les descubriese, pero no los hubo para mí hasta que no los reelaboré en mi propia andadura existencial.*

He llegado incluso a preguntarme *si acaso habrá más, muchos más Mounier que aún me esperan, y que descubriré cuando se den en mí las condiciones de posibilidad que me lo hagan experienciable*, y mientras tanto me respondo que nadie lo sabe todo a priori, y que uno de los comportamientos que debiera enseñarnos la vida es a esperar novedad cada mañana. Quién sabe.

Por lo demás, la lectura que cada cual hace de lo otro no puede prescindir de la autoproyección, razón por la cual tenderá a fundir los horizontes, ya a la par Carlos Mounier, Emmanuel Díaz, Carlos Emmanuel Díaz, más o menos. Al final, cada vez que Unamuno en el lecho nupcial posaba su mano sobre la pierna de su esposa, no sabía si se trataba de la de ella o de la propia, bello ejemplo de su amor unitivo que sirve de emblema esencial a las vidas profundas.

Añadamos algo: Erraría el malintencionado crítico interpretando dicha actitud como típica del neurótico compulsivo ante los textos ajenos; al menos para mí Mounier no es ningún gurú, y por eso estimo con distinta cercanía a Mounier, a Sócrates, a Kant o a Diego Abad de Santillán, pues lo que efectivamente importa en ellos es el núcleo de humanidad que vive en el humano, y no el *copy right* de su propietario. No necesitamos creer a pies juntillas las afirmaciones de nadie, bástanos con la magnitud de la verdad que los mejores incoan como vigías de lo eterno humano. Nada de verdades de alta alcurnia, nadie debe quedar obligado a servilismo intelectual ni vital: Esto ha de valer como piedra angular de las actitudes personalistas, aunque nadie esté libre ni del error, ni del mal, ni del pecado, ni de la inconsecuencia, que nos invitan a rectificar y a volver a empezar, porque la vida vuelve a empezar mientras amanece.

Amar al otro, Mounier por ejemplo, en uno mismo no es narcisismo, como tampoco la inversa. Ojalá supiésemos amarnos a nosotros mismos de forma más dialógica, más fraterna, más democrática en el sentido franciscano del término, aquél por el cual hasta a los animales se les llega a hablar de tú y con el calificativo de hermanos; no podemos tomar como seria objeción contra el amor al prójimo la estima de uno mismo, pues sólo odia al otro quien no se respeta afectivamente a sí propio; pero a fin de no odiar, amémonos desde el rostro del otro, y al rostro del otro desde la propia identidad.

Y hablando de afectos y premios debo confesar llegando aquí que por dos veces he concursado en mi vida para la obtención de premio, una con mi libro ya citado «Contra Prometeo», lo que no me sirvió de nada a no ser para ratificar mi convicción de que no cabe premio sin condiciones (¿seremos, entre paréntesis, con tal consuelo la zorra de las uvas?); la otra para el Premio Emmanuel Mounier, que me fue negado en Francia. Esto sí me causó dolor, el que te produce ver cercenado un dedo de tu

propia mano. Moraleja, cuando alguien te pida un premio, concédelo si puedes en la esperanza de que habrá de contribuir a mejorar al premiado como ser humano. Puede llegar a ser bueno que los demás nos premien, sobre todo porque eso nos ayudará a estar a la altura. El personalista aprenderá a ser querido no por su mérito, sino por la ajena gratuidad, al menos lo intentará.

Y hemos hoy aquí, trabajando desde el *Instituto Emmanuel Mounier* con la esperanza de que esta convicción, una vez compartida y potenciada por muchos, arraigue en el suelo de la realidad cotidiana, a pesar de que la utopía realizada genere nuevas utopías insatisfechas siempre.

En mi libro *Educación en la utopía* (Central Catequística Salesiana, 1989) he reseñado con algún detalle las tareas urgentes del Instituto E. Mounier, pero como ellas coinciden en lo sustancial con las nuestras, aunque sea medio siglo después de Mounier mismo, y sin olvidar en modo alguno las gruesas diferencias entre el ayer y el hoy, vayamos, sin más a exponer las curvas de nivel en que se tradujo el magisterio de Mounier desde la fundación de la revista «Esprit». Dejemos, en fin, de hablar de nosotros, y hagamos espacio para la narración esquemática del proyecto originario.

II. EL HOMBRE SOBREPASA AL HOMBRE

Mounier (1905-1950) vivió escasos años, los suficientes sin embargo para haber comprendido que las Guerras Mundiales no son buenas y que los fascismos tampoco, pero que lo uno y lo otro son las tristes lacras de un hombre insolidario que mediante el sistema capitalista introduce en la tierra un mal del que hasta los animales se avergonzarían. Así que frente a la extrema inhumanidad del mal sólo caben remedios alopáticos promocionando humanismo cálido y concreto trabajando por la justicia, oferta a la sazón pregnante tanto en el anarquismo como en el marxismo.

Pero Mounier no se adscribió a ninguno de estos dos radicales políticos, en todo caso los asumió parcialmente desde una convicción interior previa: Desde la opción por una transformación radical que comienza por el cambio del corazón, aunque los más preocupados por la transformación de las estructuras menospreciasen dicho cambio. Pero la razón está de parte de Mounier, pues ese hombre finisecular que tanto ha progresado hasta el extremo de incorporar la máquina como aditamento pedunculante a su servicio ¿acaso ha dejado atrás las servidumbres propias de su egoísta finitud? No, en modo alguno; precisamente porque aún hacemos el mal voluntariamente la revolución será espiritual o no será; debiendo a la vez ejercitarse estructural y sociopolíticamente.

III. RECONCILIAR A MARX Y A KIERKEGAARD

En todo caso ese deporte favorito de la burguesía consistente en apelar a un humanismo abstracto y declamatorio, compatible con las estructuras de opresión y explotación, no fue el de Mounier: Marxismo y anarquismo habían puesto el dedo en la llaga, y el movimiento obrero estaba escribiendo una nueva historia desde esos puntos de vista. Sin embargo Mounier no podía compartir el ateísmo, ese espíritu prometeico, ese cerrado antropocentrismo, en definitiva, ni la antropología ni la cosmovisión de los grandes movimientos proletarios.

Pero Mounier contaba con Kierkegaard como contrapunto, pues este remoto pensador danés recordaba la urgencia de mantener lo sagrado para fundamentar la densidad de lo profano: si Dios desapareciese del rostro del hombre ¿quién podría garantizar que el hombre no terminaría expropiando al hombre en nombre de la misma revolución, cómo obviar la transformación de la dictadura del proletariado en dictadura sobre el proletariado, de dónde la raíz del perdón al enemigo, cómo devolver bien por mal, de qué modo dejar a un lado el resentimiento? Por el lado de los perdedores ¿en qué forma resarcir al victimado si Dios no existiera?

En 1932 funda Mounier la revista *Esprit* con el deseo de *reconciliar a Marx y a Kierkegaard*, al hombre exterior y al hombre interior, a la vez y bajo distinto aspecto. Esta necesaria reconciliación habría de incomodar a los unilateralizadores de uno y otro signo, pero ella misma bastaría para haber introducido un fuerte componente de originalidad y un campo de juego muy abierto.

Con esa pretensión pedía Mounier —por decirlo con expresión polémica e incluso rigurosamente contradictoria— un «Prometeo creyente», al que también Solón parece apuntar desde su universo helénico: «No va a perecer jamás nuestra ciudad por designio de Zeus, ni a instancias de los dioses felices... sino porque los hombres no saben dominar el hartazgo ni ordenar su triunfo en fiesta de paz... Así la pública desgracia invade el hogar de cada uno. Mi corazón me impulsa a enseñar a los atenienses ésto: Que magnas desdichas procura a la ciudad el desgobierno».

IV. REHACER EL RENACIMIENTO

Se trataba con lo anterior, dicho de otro modo, de rehacer el Renacimiento, de volver a nacer desde el macroproyecto del 1789 bajo el lema «Libertad, Igualdad, Fraternidad», el magno programa del mundo moderno tan inédito en tiempo de Mounier como en el presente; había que encaminar los pasos hacia el horizonte de futuro abierto por la Gran Revolución, pues en aquel pasado alentaba el mejor porvenir. Contra la creencia superficialona del progresista ingenuo cabe un espíritu reaccionario yendo para adelante con la lengua fuera tras el futuro.

De haber escuchado a Mounier nos hubiéramos ahorrado la paliza de las «postmodernidades» que hoy nos invaden pretendiéndonos hacer tragar que uno puede ser «post» moderno cuando no ha rozado ni de lejos el 1789, antes al contrario continuando aún igual o peor que en tiempos del sabio Solón: «Muchos malos son ricos y hay buenos muy pobres; pero nosotros no vamos a cambiarles la riqueza por nuestra virtud, porque ésta está firme siempre y los dineros, en cambio, los posee ahora uno y luego otro». Ciertamente el protosabio de Atenas anda más próximo a nosotros que el 1789: «Las leyes se asejeman a las telas de araña, pues como ellas cuando les cae dentro algo ligero y débil lo envuelven, pero si cae algo más fuerte las rasga y traspasa».

Rehacer el Renacimiento, es decir, vivir atentísimamente la percepción del tiempo verdadero y fundante, del «kairós» que no se identifica con ningún «cronos» convirtiéndole en eterna asignatura pendiente, a revalidar de distinto modo por cada generación.

V. EL ACONTECIMIENTO, MAESTRO INTERIOR

A fin de rehacer la historia renacida de la humanidad había, en definitiva, que *asumir plenamente el presente, tomando el acontecimiento como maestro interior*. La vida de alguien que se autoestima como persona y toma a los otros como tales es ciertamente exigente. El prójimo, valor y no precio, fin y no medio, se me hace presente en la sollicitud cotidiana, en el inevitable *acontecimiento*. Pero la existencia, llena de acontecimientos y avatares, no siempre abunda en plétora de acontecimientos, que sólo se dan en presencia de las personas. Con las cosas no hay relación de encuentro, sino con aquello que nos ayuda a crear vínculos fraternos, iguales y libres.

Pero algo tan excepcionalmente importante se da a la vez en lo sencillo y cotidiano, sin alharacas, salándose con las muchas veces en apariencia insulsa salazón de las minucias, del día a día que es el gota a gota donde las gentes escriben su microhistoria, aunque otras veces —quizá las menos— haya que adoptar grandes decisiones, las cuales difícilmente podrán ser grandes de no haberse engrandecido en el ejercicio grandioso de lo pequeño.

El «acontecimiento» implica, por otra parte, búsqueda y proyecto cuando se quiere vivir a la altura de la humana dignidad. Eso hace que encuentren más los más buscadores, y que determinados hallazgos «por casualidad» se vean precedidos por ingentes y silenciosos entrenamientos. Ya lo decía Cajal, el entendimiento alumbra como las velas, derramando lágrimas, esto es, prestando la máxima atención activa a la vida diaria. Y esto era lo que precisamente no ocurría mayoritariamente entre los cristianos de la era de Mounier (¿acaso ha cambiado el panorama actualmente?). Los cristianos de la época de Mounier preferían la estufa y el

invernadero, las frases de santo Tomás y el regusto medievalizante, pensando tal vez que el gusto basta. Pero el «acontecimiento» pide justamente lo contrario: Ponerse al día, buscar lo mejor de todas las personas que tuvieran algo que decidir (incluidos los «maestros de la sospecha» Marx, Freud y Nietzsche, tan terriblemente estigmatizados por entonces), recabar de todos sus mejores aportaciones sin mojigatería, dialogar fraternalmente con todos los seres humanos de buena voluntad, abrirse.

Agradecer a todos su común laborar en favor de la causa de los seres humanos, eso significa vivir en perspectiva de acontecimiento, porque a la verdad no hay que ponerle condiciones, la diga Marx o ¡santo Tomarx!. Llor a esta sentencia que algún buen humanista escribiera alguna vez: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*, amigo Platón pero más amiga la verdad. Esta afirmación resulta más fácilmente proferible que realizable, a juzgar por lo que vamos viendo en los demás y en nosotros mismos para ser sinceros, toda vez que exige saber quedarse solo incluso cuando los demás nos abandonan en favor del mitema de turno, o cuando nos exigen fidelidades grupales a toda costa, o cuando recaban de nosotros adhesiones totales para verdades parciales, o cuando desprecian la parte de verdad contenida en el rostro del otro. Contra esas fragilidades que no acontecen aunque abunden trabajó Mounier hasta la muerte, labrándose en la tarea un perfil con relieves dignos de Apolo, pues quien labora por el acontecimiento cincela una belleza gallarda y ejemplar.

VI. IZQUIERDA MISTICA

En Mounier la utopía se encarna; no es que pudiera realizar todos los deseos, ni que careciesen de defectos sus proyectos, ni de pecaminosidad sus realizaciones, no; como obras humanas conocían la miseria, pero estaban animadas por lo eterno. Esto le llevó a un ejercicio modesto de su trabajo. Leyó a Nietzsche cuando nadie lo hacía (basta con echar una ojeada al índice de los cuatro tomos de su Obra para comprobar el peso de tal presencia), leyó a Marx hasta la llegada de su muerte una madrugada traicionera, y lo vivió en diálogo tenso y fecundo con los marxistas de la época, asimismo llegó a leer a Freud (como lo atestigua su *Tratado del Carácter*, obra escrita en la cárcel a que le había arrastrado el fascismo), incardinando todo esto en la columna vertebral del Evangelio, precisamente cuando nadie lo hacía, lo que le costó multitud de problemas: *Cuando nadie lo hacía*. Recuérdese que quienes comenzaron a caminar en la misma dirección no tardaron en recular —fue el caso de Maritain, por lo demás benemérito. Empero, el destino de los pioneros como Mounier será el verse denigrado bajo la acusación de asistemismo, mientras que la ulterior legión de parasitadores, glosadores y escoliastas serán calificados con el gratificante adjetivo de «profundos».

Pero ahí quedaba eso: Un cristianismo fecundado por un socialismo

real en nada similar a las posteriores socialdemocracias europeas, por un psicoanálisis que trataba de investigar con la linterna del espíritu las zonas oscuras de la subconsciencia donde se fraguan las decisiones vitales, esperando delimitar responsabilidades y frustraciones, y por un nihilismo no de garrafón ni devastador, sino depurador y purificador. Con esta actitud ¿cómo podría evitarse la lectura de Mounier en clave de actualidad?

Y todo este «acontecimiento» aterrizando, porque las lecturas tenían para Mounier por objeto encarnar, tomar cuerpo, servir para la existencia. En 1932 funda *Esprit*, el mejor foro de debate entre humanistas creyentes y humanistas increyentes habido alguna vez en la historia de Europa, asume la resistencia clandestina contra las tropas de ocupación nazi de Francia, lo que le llevaría a prisión, realiza una dura huelga de hambre, asume los conflictos que su postura acarrea en el interior de la propia Iglesia, aún no favorable a su opción, vive bajo una opción de pobreza personal y solidarizada con los últimos, se dedica exhaustivamente a la detección del desorden establecido y del que trata de establecerse, y en medio de todo esto acepta el sufrimiento como parte del misterio de iniquidad, testimonia su fe ante la enfermedad y muerte temprana de su hija, apuesta por lo valioso y no por una carrera académica con sillón y moqueta al fondo, vivencia profunda, honda, evangélica, inquebrantablemente su sentido de la amistad y de la fidelidad, porque todo eso constituye la entretela de un corazón sito no en la izquierda política sino en la izquierda realmente real, la izquierda mística, que se prueba en la vida misma y no en los papeles.

Para el humanismo personalista, la voluntad de crear un mundo crítico frente al poder, la subsiguiente solidaridad con los preteridos, la primacía del ser sobre el tener constituyen la izquierda, o la *metaizquierda* si así se prefiere para distinguirla de la locativamente oficializada: La *metaizquierda* pobre, extraparlamentaria, sin numerario, sin masas, sin medios, la que trabajando gratis no se desmorona por su eterna condición de fermento, la que sostiene tesis escandalosas si es menester pero no se arroja con modas o mitos emergentes, la *metaizquierda* que apuesta por el hombre a fin de compartir la humana condición, la que desde las toldas oficiales es denigrada como izquierda y desde la oposición que aspiran al sillón como derecha, la que no tiene dónde reclinar la cabeza ni dónde caer muerta, la que resulta cuestionada por doquier, pues a fuerza de no ser ni siquiera llega a encontrar un locativo para su etiquetación en los carteles siempre ocupados por multitud de aspirantes, y que tampoco se puede quejar de nada de ello porque lo asume y porque al instante se la tomaría por masoquista o por pesimista (a ella, eternamente denostada como utópica y ultraoptimista) para proponer en su lugar un supuesto realismo que no da golpe, ni milita, ni analiza la realidad buscando preservar la risueña condición, o que cuando finalmente analiza se pasa de repente al pesimismo rentable, es decir, a esa vida privada (privada de vida) que no es sino el vetusto egoísmo de todas las épocas, o al poder para

administrar la supuesta madurez sobrevenida con el desencanto decadente: al final la metaizquierda, haga lo que haga, será censurada por ir demasiado deprisa («¡Madure usted su tesis doctoral, joven!»), o demasiado despacio («¡Os pasáis la vida analizando como burgueses!»), o demasiado angelistas («¡Para ser de izquierdas hay que afiliarse!»), o demasiado cualquier cosa.

Pero la mujer del César no sólo debe ser honesta, también debe parecerlo, sin que para ello evite mojarse; la metaizquierda, la izquierda *sustancial* no debería olvidar que la más fea espera ser sacada a bailar, y que bailar con la más fea puede convertirse en el más bello balet Copelia, consecuentemente no por prurito de pureza, ni por masoquismo o extravagancia ni, por especiales problemas de adaptación a la realidad, sino porque esa boga corriente arriba implica una connaturalidad con la desinstalación.

Sin embargo, a veces bajamos la guardia, y es precisamente entonces cuando quedamos inermes, descubriendo a poca atención que prestemos que no solamente son de derechas aquellos que en su día se apuntaron a las grandes palabras y a las miríficas gestas para abandonarlas al primer tropiezo, sin la menor autocritica o explicación, conforme al desafecto del tránsito eterno, sino que también nosotros mismos, de la misma madera que todos los demás, tiramos hacia la derecha cuando nos lamentamos del éxito que se nos hurta viniéndonos abajo, cuando naufraga nuestro anhelo, cuando se desmorona nuestra capacidad de convocatoria, o cuando sin causa alguna sencillamente dejamos de aflorar a los enanos de nuestros temores, por haber puesto demasiado alto el gigante de nuestros deseos.

Y entonces, demasiado vulgares como para aguantar un gran proyecto con pequeños recursos, y sin embargo demasiado pretenciosos en el discurso como para resignarse a asumir el imperativo tozudo de los hechos, entonces cambiamos de planes a cada rato, ensartamos sucesivas estrategias de marketing, pensamos operaciones de mercadotecnia para retersar arrugas cuando el vértigo arrampla con lo mejor y con lo peor y el hiper-criticismo autolaceratorio deviene en el fondo disfrazado nihilismo o ingenuidad ensoñadora de espejismos, camino falso que pone la carreta delante de los bueyes para llegar antes, y que no hace sino evidenciar la maldad de aquella supuesta utopía meliorativa en que se había creído cabalgar.

Pero entonces es cuando un corazón sustancialmente izquierdista como el de Mounier ha de recomenzar, asumiendo que el mundo es una montaña de mierda y que hay que cogerla con las manos, como dijera un escritor americano. De modo que lo constitutivo de la mentalidad personalista y comunitaria sería comenzar una vez más, no dejarse fracasar por el miedo al fracaso, pues esta perspectiva neurótica acaba cogiendo miedo al miedo mismo, y será entonces cuando aparecerá finalmente el ratón inexistente, dada la fuerza de invocación del aterrado, a-terrado

porque se ha quedado sin la tierra o el suelo firme de la realidad. Pero esta convicción solamente la asumen maestros como Mounier, aunque se trate de maestros con minúscula, por humanos.

En resumen, que mirar la realidad con la perspectiva metaizquierdista de Mounier o, más sencillamente, con perspectiva *mística* en el sentido de Charles Péguy, exige ser muy modesto, reconocer que se hace poco pero no dejar de hacer siempre ese poco: No muchas cosas sino mucho, no con prisa pero sin pausa, no rascándose continuamente con la teja en el estercolero, pero con no menor vigor proponiendo metas más altas y analizando la razón de los desmayos, sin olvidar que la Realidad habita en un domicilio techado y que el Deseo vive sin cobertura, pues se eleva hasta las estrellas. Y si dicen que digan, pues ya se sabe que nadie es perfecto, y menos el enamorado de la utopía, cuya distancia siente en la propia carne mortal.

VII. LUZ INTENSA, FOCO DIFUSO

Mounier y Esprit no tuvieron nunca, como puede entenderse, el «éxito» que su proyecto mereció. En España no demasiados profesores llegaron a conocer de cerca o de lejos su obra, y prefirieron darse los unos al tomismo y los otros al leninismo, mientras el personalismo se reducía a focos intensos pero difusos. El régimen autocrático no podía ver con buenos ojos lo que Esprit suponía, aunque grupos como el de Alfonso Carlos Comín, el de «Cuadernos para el Diálogo» o el de la Editorial Zyx recogieran el relevo. Hoy continúa queriendo ser un foco de utopía el Instituto E. Mounier, aunque la poquedad de sus fuerzas y la brevedad de sus militantes contrasta con la magnitud de las exigencias. Hoy el personalismo tiene que intentar dar respuesta a todo, renovándolo totalmente. En el declive de la democracia occidental apenas hay lugar para otra cosa que no sea para el materialismo epicureo-nihilista, mucho más tiránico que ciertas antiguas tiranías. Los antiguos tiranos de Grecia como Periandro o Pisístrato eran personajes de noble catadura que hicieron mucho por el advenimiento de hábitos democráticos y por la mejora de las clases populares llegando a oponerse seriamente a la oligarquía misma, pero sus pretendidas reformas terminaron fracasando al pretender entronizar a sus propias dinastías en el poder, y así por ejemplo Cipselo podía pasear sin escolta. Periandro necesitaba guardia personal, y su hijo fue asesinado. Y no es que tengamos nostalgia de las tiranías arcónticas, lo que ocurre es que las comparamos con las tiranías de la moderna democracia formal; no es que rechacemos la vieja descripción aristotélica del hombre como animal político, sólo que al ver cómo se comportan en tales democracias formales los nuevos animales políticos pensamos que Aristóteles se equivocó al caracterizar también a las abejas como animales políticos, pues al menos ellas cooperan en orden al bien común, a pesar del proble-

ma que suponen las laboriosas, los zánganos y las señoras reinas. No es, en fin, que tengamos nada contra la parafernalia cuatrienal de las elecciones donde todos prometen el oro y el moro para dar calderilla, pero situados ante ellas no podemos por menos de evocar la figura de Quilón de Esparta, sabio helénico al que la ciudad erigió un templo («heroon») consagrándole como ejemplo de ciudadanía y de modestia en el brevísimos relato de sus gestas, tan brevilocuente al respecto que por eso Aristágoras llamó «quilonio» al conciso estilo braquilógico.

No deseando llorar sobre la leche derramada, hay que decir sin embargo que a estas alturas todo lo ha podrido la nueva democracia del occidente capitalista, comenzando por el lenguaje. Nociones como «derecha» o «izquierda» han visto oscurecidos sus perfiles significativos, pues los respectivos usufructuarios hacen todo lo posible por pasar de la paronimia a la antonimia a fin de obtener aplauso en las urnas, dando saltitos de acá para allá en orden a la ocupación de lugares estratégicos sin contenido semántico alguno, pues derecha o izquierda dependen de las meras estrategias según el peculiar y momentáneo arrimo, hasta el punto de que ya nada significa nada porque todo se usa para todo. Y una vez más echamos la vista atrás para preguntar qué se hizo de lapidarias sentencias averadas por la mejor tradición griega, tales como «nada demasiado», «la medida es lo mejor», «conócete a tí mismo», etc. etc.

Ciertamente en punto a progreso material la humanidad (o para ser más exactos su parte Norte) nunca conoció despliegue tal de posibilidades, pero no lo es menos que el progreso material no ha ido de consuno con el humano, bástenos al efecto recordar aquí la leyenda de Solón y Cresos. Cuenta Herodoto que Solón, viajero por afán de ver mundo, acudió a visitar la espléndida ciudad de Sardes, donde fue albergado por el rey lidio Cresos. Y como quiera que tras mostrarle éste su palacio y sus tesoros deseara conversar con el sabio comenzó por preguntarle con toda intención a quién consideraba el hombre más feliz y afortunado, esperando sus halagos. Solón nombró entonces a Telo de Atenas, que tras una vida dichosa y con buena familia murió honrosamente. Tras muchas e intencionadas requisitorias que no obtenían la respuesta deseada, Cresos preguntó directamente a Solón si acaso estimaba en poco su propia magnificencia, dando el sabio en responder que de nadie puede predicarse una vida feliz hasta no haber presenciado su final, pues antes de morir nadie puede decirse feliz, a lo más afortunado. Tal respuesta no podía satisfacer en modo alguno al presuntuoso Cresos, pero es fama que éste, tras la pérdida de su hijo Atis en accidente y de ser él mismo hecho prisionero y condenado a morir sobre una pira tras su derrota por el rey de Persia Giro, dio un suspiro gritando entre sollozos el nombre de Solón por tres veces. Y aunque es más que probable que tal relato le traiga sin cuidado a la postmodernidad rica y fastuosa, la moraleja está, sin embargo, muy clara: La vanidad se alimenta de injusticia y no se derrama precisamente en felicidad.

«Mucho mienten los aedos», decía Solón de las presuntas gestas de los antepasados con ánimo desmitificador, mucho mienten los cantares de gesta y los mitos relativos al héroe epónimo de ayer, en efecto; pero ¿mienten menos los ante nuestras barbas fautores de indignidades y expolios? Al fin y al cabo los delitos pasados prescriben, pero los presentes deben ser evitados, ahora que podemos. Quien desee ser luz intensa habrá de asumir tan engorrosa tarea; una vez más su gesto resultará minoritario, dicho sea sin ninguna intención elitista y proselitista, pues la solución no radica en liderazgos de minorías selectas (ellos seleccionan de entre las masas dejando perecer a la gran mayoría), sino en multiplicar sinérgicamente las minorías en orden a la creación de una constelación de microutopías.

Nos venden la burra desdentada asegurando que nos hallamos en presencia de Felicidad y de Insula Barataria, pero ante eso nosotros decimos con el clásico ateniense que no es para tanto, y que —aún pensando que hay en el hombre más cosas dignas de admiración que de desprecio— «no hay ningún hombre feliz, sino que miserables son todos los mortales que el sol desde lo alto contempla»

Al traer a colación este recuerdo del país que da origen y nombre a la democracia no estamos buscando otra cosa que poner la actual en su sitio, operación a la que pocos parecen hoy dispuestos, quizá porque su deseo de profundizar no se remonta al pasado, o porque su convicción sólo les permite prever el futuro como lugar de tiempos mejores. Pues bien, no. Es el presente, iluminado por el pasado y abierto hacia adelante, quien tiene pedida la palabra: Con esos bueyes del presente hay que arar la reseca tierra del materialismo hecho costra, trabajando como luz intensa y foco difuso, difuso porque nunca se sabe dónde ni cuándo arraigara la siembra que se hace para todos sin esperar que lo pidan, a veces contra la resistencia epocal, más interesada en escuchar el canto de las sirenas que las voces críticas.

Por lo demás, llevando con nosotros un bagaje inextirpable, decimos con el Nietzsche admirador de Wagner: «Schopenhauer y Goethe, Esquilo y Píndaro viven aún, créemelo» (a Erwin Rohde desde Basilea, 3-9-1869). Así que a esta situación sólo se puede responder adecuadamente con algún sentido del humor: Mañana nos podemos encontrar formando parte de la Guardia de Asalto (contra la masa, o hacia el Palacio de Invierno, igual da: No sería la primera vez), o como aquel pobrecillo que para asegurar la indefectible fidelidad de su novia no se le ocurría mejor cosa que escribirla cada día, con el brillante resultado de que ella terminó casándose con el cartero. En el caso límite podemos concluir como el ciudadano de Hampton que comunicó a su amigo la intención de contraer matrimonio con cierta señora: «¡Pero si duerme con todo el mundo en Hampton!» «¡Caramba, tampoco es tan grande Hampton!».

VIII. IDENTIDAD MILITANTE

Hay que trabajar mucho, como aquel Misón al que encontraron en pleno verano agarrado a la empuñadura del arado: «Pero Misón, no es tiempo ahora de arados» «Pero sí de prepararlos», repuso él. Pues bien, quien así se comporta puede acabar sus días diciendo (a diferencia de las restantes especies animales) *Pollà gerásco didaskómenos*, envejezco aprendiendo muchas cosas. Nada grande se hizo jamás sin gran pasión, y no es menester esperar a que Hegel nos relate las gestas suprapersonales que a modo de Demiurgo gravitarían sobre las cabezas de los mortales, bástenos por el contrario recordar aquí lo humano que sobrehumanamente percibe Basilio en Segismundo:

«¿Quién, Astolfo, podrá parar prudente
La furia de un caballo desbocado?
¿Quién detener de un río la corriente
Que corre al mar soberbio y despeñado?
¿Quién un peñasco suspender, valiente,
De la cima de un monte desgajado?»

Efectivamente, a pesar de sus violentos ataques nada en absoluto recomendable, Segismundo que de todo duda supera esa dubitación cuando de amar se trata, pues el amor es indubitable y da inmensas fuerzas:

«sólo a una mujer amaba...
Que fue verdad, creo yo,
En que todo se acabó
Y esto solo no se acaba».

Sería triste creer que se ha llegado demasiado tarde para la revolución y demasiado pronto para el Renacimiento, pero no lo sería en menor grado creer que ya a nadie le interesa la utopía y que sólo hablamos para nosotros mismos, encerrados en un círculo cada vez más pequeño mientras la gran ciudad se aleja ignorándonos con sus tubos de neón y sus fiebres de sábado noche. No, no queremos un foro de parlantes de culta latiniparla, deseamos evitar el «colmo del conferenciante»: «¿Qué dijo el conferenciante?» «No sé, no lo dijo».

De todas maneras, tampoco está mal el pequeño círculo de la amistad; se decía que en la Alemania del Romanticismo dos alemanes no podían encontrarse sin fundar inmediatamente un Círculo (*Verein*); la gente se reunía simplemente para comer juntos dos veces al mes, por el placer de charlar sobre problemas del día, evocar viejos recuerdos, cultivar juntos algunas fiestas modestas como banquetes, excursiones, conciertos, etc. Pero la vocación personalista de maestro no quiere concluir en una tertulia de rebotica, y si es menester (y lo es) habrá de preguntar autocríticamente si acaso la propia incapacidad de difundir las convicciones de que

presumimos no se deberá precisamente a la escasa fuerza de convicción personal. Es conocida la anécdota del obrero que salía de la fábrica empujando una carretilla, a quien el guarda dejaba pasar hasta que descubrió que el obrero robaba precisamente carretillas. No será mala convicción militante la que afirmó con san Agustín: *Magis eligo cautam ignorantiam quam falsam sapientiam profiteri* (Epístola 107), pues siempre resulta mejor la confesión de ignorancia que la profesión de falsa sabiduría.

Mientras, a trabajar: ¿Quién fracasa, el que oferta una tabla de salvación o el que la rechaza? Miremos ciertamente los resultados, pero no nos preocupemos por los números rojos en la relación esfuerzo-éxito; a fin de cuentas no trabajamos ni para nosotros ni para nuestros hijos ni para la humanidad, sino *porque* lo creemos mejor. Al fin y al cabo ésta ha sido la grandeza de los pequeños-grandes maestros como Mounier y tantos otros anónimos ciudadanos cuyo desconocido rostro nos reconforta, pues haciéndose pequeños o siéndolo han servido a los otros sin alcanzar la difícil condición de profetas en la propia tierra. El que así se comporta no fracasa, y queda al abrigo del amargo despertar de aquellos hombres cuya vida es sueño:

«Yo desperté, y yo me ví,
 ¡Qué crueldad tan lisonjera!
 En un lecho, que pudiera
 Con matices y colores
 Ser el catre de las flores
 Que tejió la primavera»

Concretemos, pues, para concluir, con estos postulados atinentes a la identidad del militante en el magisterio personalista:

1. En la adopción de una identidad no cabe partir de cero; en todo planteamiento formativo hay que optar por unos determinados presupuestos filosóficos, antropológicos, utópicos, etc. lo que importa es articularlos razonadamente en forma de cosmovisión apta para ser vivida con flexibilidad y progresivo enriquecimiento.

2. Buscamos una formación para la presencia, actitudes más que saberes (no sin ellos), talante, modo de situarse ante lo real. Pues la formación debe desplegar la personalidad no como algo que «se tiene», sino para ayudar a construir la totalidad de sentido de la propia experiencia más allá del teoreticismo («Definiciones tan pocas como sea posible, tantas como necesario», decimos con John Stuart Mill).

3. Pero no cabe prescindir de las circunstancias o de los ritmos subjetivos del crecimiento. Entre el contexto en que se produce el descubrimiento y el contexto de realización media siempre un cúmulo de inconsecuencias que precisan tiempo, de ahí la enorme necesidad de paciencia.

4. La promoción de tal identidad exige el máximo de coherencia entre los medios y los fines, entre los métodos y las utopías, entre el discurso económico y el ecológico, etc.

5. Asimismo debe atenderse a la maduración relacional entre individuo y grupo, entre vida personal y vida familiar, etc. Nadie está obligado como personalista a hacer el tonto por angelismo, pero tampoco a hacer la bestia para huir del ángel.

6. Deseamos una formación para el encuentro y el diálogo, para la comunicación; no creemos operante en el universo personal aquella segunda ley de la termodinámica que postula que toda relación del hombre con el hombre y del hombre con la naturaleza está llamada a aumentar el grado de desorden o entropía finales.

7. Queremos neutralizar la tendencia destructiva del mal orientando eutrópicamente nuestro comportamiento pedagógico: El sentido de nuestra actividad se quiere crítico respecto del desorden establecido o establecimiento, por eso favorecerá el bien desde su base optando siempre contra el mal radical, que es radical precisamente porque daña desde la raíz.

8. A fin de criticar constructivamente trabajamos por una cultura creativa y propositiva, aunque para ello debemos abandonar obsoletas vigencias y usos comunes, en cuyo lugar buscamos renovación de los saberes sabidos, que muchas veces sería menester olvidar.

9. Nos sabemos necesitados de toda ayuda, por eso recabamos un lugar de encuentro común, respecto del cual Mounier no será el oráculo a recitar, ni el punto cero de una escolástica, sino un lugar de cruce y tránsito para gentes que buscan confluencia.

10. Y en todo caso estamos dispuestos a ello y en ello nos movemos, fieles a la convicción doble de que no hemos de dejar para mañana lo que podamos hacer hoy, ni que haga el otro aquel bien que hoy podamos hacer nosotros mismos, que estamos más cerca.

Carlos DÍAZ
(U.C.M.)